

Norteamérica/ Canadá

¿Acaso las mujeres somos marcianas?

Éste es un fragmento de un artículo de Arielia Pahike, colaboradora de la Red de Pesca de Mujeres de Nueva Escocia. Lo publicamos tal y como apareció en Coastal Community News Volumen 6, Número 6, julio/agosto 2001, un boletín informativo editado por la Red de la Comunidad Costera, Nueva Escocia, Canadá

No hace mucho que asistí a una consulta del Departamento de Pesca y Océanos (DPO) en Moncton sobre la gestión pesquera en el Canadá Atlántico. Estuve allí con Mary DesRoches, que representaba a la Red de Pesca de las Mujeres de Nueva Escocia. Nuestra intervención abordó cuestiones tratadas en un documento de discusión del DPO y que afectaban a mujeres de las comunidades pesqueras y a mujeres empleadas en la pesquería. Después de nuestra intervención y otras que la siguieron, un representante de la asociación de dragadores pronunció acaloradamente toda una retahíla de comentarios negativos. Acabó con un arranque de rabia, al parecer provocada por nuestra intervención. «Entonces —farfulló, mientras una voz femenina intentaba interpretar simultáneamente su frustración—, entonces hay personas que piensan que las mujeres, ¡las mujeres!, deberían sentarse a la mesa en la que se toman decisiones. Bien, si así es, también podríamos invitar a un grupo de marcianos a que tomaran asiento!».

Más adelante, cuando la discusión versaba sobre la viabilidad económica y social de la pesquería y sobre cómo habría que definir el término «partes implicadas», Mary y yo apuntamos que toda persona afectada directa o indirectamente por la pesquería, o que posea un vínculo histórico con ella, debería participar en la toma de decisiones políticas. Añadimos que este colectivo de personas debería incluir a las mujeres, quienes de por sí son actores clave en la sostenibilidad de las comunidades costeras y de las familias de pescadores y quienes siempre han participado en muchos aspectos de las pesquerías. Entonces, un miembro del Comité de Revisión de Políticas del DPO nos comentó que nunca había sabido hasta entonces cuáles eran nuestras opiniones, pero que el DFO estaba proponiendo algo distinto en su documento de discusión.

En aquel momento consideré seriamente la posibilidad de abandonar la sala para acercarme a una tienda de disfraces y comprarme un traje de marciano. Volvería a la sala de debates para reivindicar lo mismo, pero esta vez como marciana en representación de marcianos y diría: «Los marcianos también somos partes implicadas y deberíamos tener voz en las políticas pesqueras. Al fin y al cabo, la privatización y la profesionalización de la pesquería no deja de favorecerlos. En el futuro, cuando los viajes interplanetarios se vuelvan más fáciles, es muy probable que los marcianos queramos comprar barcos y cuotas, participemos en seminarios de formación y seguridad y salgamos al mar para hacer algún dinerillo. Incluso podríais darnos medios; a cambio, prometemos comprar mucha cuota y arrendar unas pocas parcelas durante unos cuantos meses para que nos podáis enseñar bien el oficio».

Huelga decir que no me fui a ninguna parte ni volví como una marciana. Pero pienso que en esta consulta a un marciano le habrían dicho lo mismo que a Mary y a mí: «Le agradecemos su opinión; pero, por ahora, los marcianos no desempeñarán un papel importante». Esto me lleva a preguntarme: «¿Será que las mujeres nos parecemos a los marcianos?». Sé que no nos parecemos y que muchas mujeres, sus amigos y sus familias son del mismo parecer. Pero, ¿qué sucede con la opinión pública, el *status quo*, la mayoría, el «Juan» de a pie? ¿Qué sucede con el político o el burócrata corrientes?

Esta pregunta adquiere un mayor interés cuando nos paramos a pensar en las consecuencias de su respuesta. Supongo que si las mujeres fuéramos como marcianos, no mereceríamos recibir un trato humano ni disponer de oportunidades similares a las de los hombres. El gobierno podría ahorrarse mucho dinero. No tendría que gastar tanto en subsidios de paro, formación, salarios, sanidad y educación. Bastaría con aparear a cada mujer-marciana con un hombre: mientras ella cuidara bien de él no pasaría necesidad alguna e incluso podría disfrutar de una vida agradable. Por contra, si las mujeres somos humanas, quizá sí que queramos trabajar y tomar decisiones sobre lo que puede ser mejor para nuestras familias, nuestras comunidades y nosotras mismas. Puede incluso que nos unamos y se nos ocurran formas de ejercer presión contra políticas injustas con respecto a las mujeres y a las familias pescadoras o que perjudiquen la sostenibilidad de la comunidad. En ese caso, es posible que las mujeres esgriman ellas mismas estas ideas en una consulta pública.

No obstante, antes de dejarnos absorber por la descripción de cómo las políticas pesqueras, los reglamentos del subsidio de paro, o el acceso a programas de formación afectan a las mujeres de las comunidades costeras, antes de formular las ideas o soluciones que ellas han propuesto para garantizar la sostenibilidad y el desarrollo económico de la comunidad, necesitamos asegurarnos de que dentro y fuera de nuestras comunidades las mujeres sean reconocidas como participantes plenos e igualitarios con poder de toma de decisiones. Resulta terriblemente desalentador comprobar que, al parecer, todavía no existe un acuerdo sobre el hecho más básico que hay que comprender: las mujeres no somos marcianos.

Quizá, si logramos alcanzar este acuerdo, empezaremos a percatarnos de lo necesarios que son ciertos cambios. Hoy en día, en las comunidades costeras de Nueva Escocia, muchas mujeres no gozan de las mismas oportunidades que los hombres. El reconocimiento de su trabajo, del remunerado y del no remunerado, es imprescindible, ya que contribuye a la estabilidad económica de nuestras comunidades. Las voces de las mujeres deben considerarse fundamentales en un momento en el que buscamos soluciones a muchos de los retos que nuestras comunidades encaran.

Para contactar con Arielia escribid a cnews@auracom.com